

entregar su alma á Dios, oyendo los gemidos de su madre, previó el golpe terrible que su muerte iba causarle: entonces olvidando sus propios dolores, pidió á su Esposo, y esta fué su última súplica, que aliviara á este corazón maternal la pena que iba á darle y que su debilidad no podía soportar. Dios hizo ver cuán agradable le era esta piedad filial, haciendo más de lo que le pedía: pues apenas había exhalado el último suspiro cuando el corazón de la madre fué inundado de consuelos tan sensibles que le fué como imposible ocuparse de su pérdida y entregarse á su dolor.

CAPÍTULO III.

Nuevas persecuciones de su madre para obligarla á tomar el estado del matrimonio. Entrada de la santa en religion.

Numerosos son los caminos abiertos por la sabiduría de Dios para conducir á los hombres á la perfeccion más sublime; pero á cada uno es á quien toca conocerlo y seguir el que le pertenece. Rosa de Santa María tenía todo lo suficiente para agradar en el mundo: una hermosura poco comun, un juicio exquisito, un genio muy afable, un excelente corazón, y unas maneras obsequio-

sas y de mucha finura. Estas cualidades fueron causa de que su madre pensase muy pronto en casarla, y le hicieron creer con justa razon, que le procurarían una alianza muy ventajosa; no obstante, no era esta su vocacion, pues su atractivo la llamaba hacia mucho tiempo á la Tercera Orden de Santo Domingo, y lo habría seguido inmediatamente si su madre no se hubiera opuesto á ello. Mas entre tanto nada descuidaba para terminar su esclavitud; con este designio habiase cortado los cabellos, enflaquecía y desfiguraba el semblante con los ayunos, huía de las miradas de los hombres y ocultaba su hermosura bajo de unos toscos vestidos. Durante los cuatro años que sus padres permanecieron en Canta, no salía nunca ni aun para pasearse en un jardín delicioso que estaba contiguo á la casa paterna; una sola vez por mandato de sus padres se reunió con las jóvenes de la vecindad que concurrieron á no sé que espectáculo ofrecido por los indios; pero llegando á la sala se retiró á un rincón y allí permaneció inmóvil sin tomar ningun interés en la representacion. No obstante, todas sus precauciones no la ocultaron como ella lo pretendía, á la atencion pública; y muchos jóvenes, encantados de su virtud y de sus cualidades exteriores, pensaron en pedirla en

matrimonio á sus padres.

Uno de ellos habiendo manifestado á su madre su deseo, dejó á esta tanto más encantada al verle esta inclinacion, cuanto que era muy conforme á sus propios pensamientos; pues desde que había podido conocer y apreciar las cualidades de esta jóven el deseo de darla á su hijo por esposa era el voto más ardiente de su corazón. Es verdad que ciertas consideraciones parecían oponerse á esta alianza; pues ella ocupaba un lugar distinguido en la ciudad por sus riquezas y su nacimiento, mientras que los padres de Rosa eran extranjeros, pobres y desconocidos; estos tenían once hijos, mientras que ella no tenía más que este hijo único; pero contaba por nada su condicion y su fortuna, en comparacion de la felicidad doméstica que este ángel de virtudes traería á su casa. Entrando, pues, con ardor en las miras de su hijo, se apresuró á ir á tratar de este negocio con la madre de la jóven. La proposicion fué acogida como un beneficio de Dios y el negocio quedó arreglado mediante la ratificacion de parte de Rosa; pero aquí estaba precisamente el punto de la dificultad.

La santa jóven, ligada hacía largo tiempo por un voto perpetuo de virginidad, no tuvo valor de descubrir este secreto á su madre;

pero le manifestó su repugnancia hácia el estado que se le proponía y le suplicó que respondiera negativamente. Esta negativa levantó contra ella una terrible tempestad, pues toda la familia emprendió arrancarle por la violencia un consentimiento que no quería dar por su voluntad. En consecuencia, no se le hablaba ya sino en tono de ira; la abrumaban con reproches é injurias, y aun llegaron á los tratamientos más ignominiosos. Mas sostenida por santa Catalina de Sena á quien había tomado desde la infancia por protectora, y en cuyos brazos se había refugiado durante esta tempestad, la santa jóven persistió en su resolucion de no tener otro esposo que aquel que se había escogido.

Todo parecía conspirar á alejarla de la Tercera Orden de Santo Domingo, objeto de sus más ardientes votos, y que le había costado tantas lágrimas y suspiros. Despues de haber triunfado de los enemigos de su virginidad fué necesario combatir de nuevo para ser fiel al atractivo que la arrastraba hácia la Tercera Orden. En este tiempo vinieron las religiosas de santa Clara á fundar un convento en Lima, á peticion del santo arzobispo y á expensas de su sobrina Doña María de Quiñones de quien era muy cono-

cida nuestra santa. Fué propuesta por esta señora, sin su consentimiento, y aceptada para ocupar un lugar entre las religiosas fundadoras. A esta noticia, no sintió ninguna repugnancia para entrar en una religion que sabía ser austera, y en donde la disciplina no había sufrido todavía ninguna relajacion; pero como mujer prudente creyó que debía consultar la voluntad divina ántes de comprometerse, á fin de no apartarse del camino que la Providencia le había trazado.

Si no hubiera dado ya tantas pruebas irrecusables de su prudencia, esta sería suficiente para dar al lector la más alta idea de ella. Razones muy graves parecían hacerle un deber de aceptar el ofrecimiento que se le hacía; tratábase de un asilo abierto á su virginidad, de un género de vida conforme á su espíritu de penitencia, de un monasterio cuya clausura le permitía no pensar más que en Dios y no tener comunicacion sino con sólo Él; de un santuario en fin, donde el mundo no vendría ya á afligirla con el horrible espectáculo de sus vicios, ni los parientes á turbarla en sus oraciones. Por otra parte, era de creer que su madre, tan opuesta á su entrada en religion no se atrevería á rehusar su consentimiento por respeto al arzobispo; no obstante, no quiso to-

mar ningun partido ántes de que Dios le hiciese conocer su beneplácito.

Por lo demás, esta manifestacion fué negativa y de una claridad incontestable. Primeramente su madre á quien se le había consultado, respondió por una negativa apoyada en dos razones muy fuertes, á saber: que su familia, reducida á la miseria, no podía subsistir sin el socorro de su trabajo, y que los cuidados que prestaba á su abuela reducida por la edad y las enfermedades á una completa impotencia, no podía suplirlos ninguno de la casa. En seguida, Santo Domingo cuya poderosa proteccion reclamaba, le hacía sentir que su vocacion la llamaba á la tercera órden; en fin, el cielo habló por dos prodigios que voy á referir.

Muchos directores experimentados, entre los cuales se contaba su confesor, considerando su aversion por el mundo, su disgusto por el matrimonio y su atractivo por los ejercicios espirituales, la soledad y las maceraciones, juzgaron que debía aprovechar la ocasion de entrar en un monasterio para servir allí á Dios con más libertad que en la casa de sus padres. Considerando Rosa este juicio uniforme como una órden del cielo, se sometió á ella sin réplica: comenzó por interesar en su favor á su abuela; luego se entendió con uno de sus hermanos que la

quería bien y le encargó le proporcionara la entrada al convento de la Encarnacion habitado por las Agustinas. Como estaba este convento en la ciudad, era allí muy ventajosamente conocida la sierva de Dios, y así su admision no sufrió ninguna dificultad. No se trataba, pues, más que de escapar á su familia, é ir á arrojar en este santo asilo cuyas puertas debían abrirse al instante para recibirla. Despues de una corta deliberacion, fué escogido el domingo siguiente para el día de su fuga; salió en efecto ese día acompañada de su hermano y sin que lo supieran sus padres. Al pasar por la iglesia de santo Domingo donde estaba la capilla del Santo Rosario, quiso entrar allí para encomendarse á la Santísima Virgen y recibir su bendicion.

Mas apenas se habia arrodillado al pié del altar cuando se sintió como si estuviera clavada en el suelo. Su hermano viendo que no acababa, la rogó que se fueran, añadiendo que el monasterio podría dedicar á la oracion todo el tiempo que quisiera. Rosa, avergonzándose de descubrir á su hermano el impedimento que la detenía, hizo todos sus esfuerzos para levantarse y seguirle, pero inútilmente. Volviendo este por la tercera vez de la puerta de la iglesia, mostró alguna impaciencia, y le dijo que corría ries-

go de volver á caer en poder de sus padres: obligada entónces á confesar su impotencia rogó á su hermano que la levantara, lo cual emprendió él, pero sin ningun éxito; habría-se dicho que era una roca enraizada en el suelo, ó una masa de plomo demasiado pesada para ser movida por un hombre. La santa jóven comprendió en fin lo que significaba éste milagro: ó Dios no aprueba, se dijo á sí misma, que yo abandone á mis padres, ó el lugar que he escogido no es el que me destina. Entónces, dirigiéndose á la Reina de los ángeles le dijo: "Yo os prometo, augusta María, volver inmediatamente al lado de mi madre, y permanecer en su casa hasta que me ordeneis salir de allí." Apenas habia acabado estas palabras, cuando pudo levantarse sin ningun trabajo y volvió á la casa. Obligada á explicar á su madre su ausencia refirióle ingenuamente todo el negocio; en seguida poniéndose á buscar algun medio de vivir en soledad sin entrar en un convento, acabó por encontrar uno que fué aprobado por su madre; de lo cual hablaremos en el capítulo IV de esta historia.

Pasemos ahora al segundo prodigio. La campaña de Lima produce muchas especies de mariposas de colores muy variados y de una belleza tal que no se sabe á cual dar la preferencia. Un dia que Rosa ocupada en

arreglar el vestido de santa Catalina de Sena, deliberaba acerca del deseo que tenía de cubrirse con esta preciosa librea, una de estas mariposas de negro y blanco vino á revolotear en frente de ella. Esta fué la ocasion de un arrobamiento durante el cual comprendió que los colores de este insecto eran la respuesta á lo que pedía; es decir, que Dios quería que tomase el hábito en la tercera orden de Santo Domingo.

Asegurada de la voluntad divina, caminó derecha á su fin, y ya no volvió á encontrar más serias dificultades. Con el consentimiento de su familia, el padre Alfonso Velazquez su confesor, le dió solemnemente en la capilla del Santo Rosario, este vestido negro y blanco que por tanto tiempo y tan ardentemente había deseado. En el año de 1620, el día de la fiesta del mártir San Lorenzo, fué cuando Dios le hizo esta gracia, teniendo Rosa entónces veinte años. Puede decirse que este favor lo había comprado muy caro, por que desde la edad de cinco años había elegido por protectora á Santa Catalina de Sena, cuya vida que oyó leer en esa época, le encantó de tal suerte que de allí en adelante no tuvo otra ambicion que el llegar á imitarla en todo. Mas si el obtener este santo hábito le costó tantos trabajos, no fueron necesarios menos combates para

conservarlo, porque la prudencia humana no cesó nunca de perseguirla y fatigarla con los ofrecimientos y los consejos de su ignorancia. Podría citar aquí muchos rasgos, pero me limitaré á dos que realzarán grandemente su noble constancia.

El contador Don Gonzalo, hácia el cual tenía una gran deferencia nuestra santa, tanto por sus virtudes como por la hospitalidad que le daba, la instaba á que entrara en la orden de las Carmelitas Descalzas, persuadido que convenia mejor á sus inclinaciones que la tercera orden de Santo Domingo. Pero se necesita una dote para ser recibida allí, respondía la sierva de Dios, y yo no tengo de donde darla. No tengais ningun cuidado por esto, replicaba él; yo me encargo de todos los arreglos con el monasterio en donde entreis. No contento con librarle un asalto tan rudo, hizo que lo apoyaran muchos siervos de Dios y aun la madre de Rosa; ésta, que quería permanecer en su tercera orden, sabiendo bien que tal era la voluntad de Dios, no quiso mostrarse obstinada; sino que respondió que sometería este consejo al exámen de cuatro teólogos del orden de Santo Domingo y se sometería al parecer de la mayoría. Este compromiso no era temerario sin duda, porque ella sentía interiormente que Dios no permitiría á es-

tos religiosos decidir la cuestion de un modo contrario á su voluntad.

El suceso probó que no era ilusoria esta esperanza, porque supo Dios de tal manera dirigir la discusion que no resultó ninguna mayoría; pues dos de estos teólogos opinaron por el Carmelo y dos por la Tercera orden, y á pesar de sus esfuerzos reciprocos para salir de este equilibrio, no pudieron conseguirlo. Quedó, pues, la victoria por Rosa, que más firme que nunca en su vocacion dió esta grave respuesta á Don Gonzalo y sus partidarios: "Todo me agrada en el Carmelo, particularmente su soledad; pero la inspiracion humana no basta para legitimar la entrada en él, es preciso para esto el llamamiento de Dios. El Espíritu Santo sopla donde quiere, y cada uno debe seguir la direccion dada por este gran maestro; la eleccion de un estado de vida no depende de la voluntad del que lo busca, sino de la misericordia de Dios; esta divina bondad es quien me ha revestido del santo hábito que llevo, y no me es permitido dejarlo por ningun otro; y así estoy muy resuelta á guardarle hasta la muerte. Sólo me queda una cosa que desear, y es el poder vivir en un monasterio de mi orden; yo sé bien que la Divina Providencia establecerá uno en Lima, en un tiempo poco lejano; ¿pero me será

dado tomar parte en él? esto es lo que aun ignoro.

Apenas había salido de esta prueba la sierva de Dios cuando se halló constituida en otra, de la cual le costó mucho más trabajo librarse. Habiéndose puesto un dia á considerar el estado de su alma, el demonio abusó de su humildad, exagerándole el número y la gravedad de sus faltas, despues de lo cual llamando su atencion sobre el color de su vestido le dijo: "¿Cómo no teneis vergüenza de llevar un hábito de que sois indigna? Blanca por fuera y negra en el interior, ¿no es esto una hipocresía? Que Catalina de Sena haya tomado un hábito semejante, podia hacerlo, á causa del candor de su alma; pero en la vuestra no hay nada que corresponda á esta blancura. Ostentais, pues, una santidad que no teneis; y esto es engañar al público por una odiosa mentira; pero amais mucho las alabanzas y los aplausos de los hombres, y convengo en que difícilmente podría imaginarse un medio más propio para obtenerlos que este vestido impostor.."

Este lenguaje hizo en Rosa una impresion tanto más profunda cuanto que le parecía confirmada por los hechos, porque cuando se presentaba en público, la mostraban con

el dedo, corrían á su encuentro, se ponían á las ventanas para verla pasar; los espectadores la alababan, y aun algunas veces los oía que la comparaban á Santa Catalina de Sena. Lo que agravaba aún este tormento ya tan sensible á su humildad, es que el tentador la instaba fuertemente á no salir ya para escapar á la atención pública y aun á despojarse de su santo hábito. Llegó esto á tanto que un día se vió obligada á correr á la capilla de Nuestra Señora del Rosario para recobrar allí las fuerzas y no sucumbir á la tentación.

Por lo demás, no se vió engañada en su esperanza, porque apenas se había arrodillado delante de la imagen de su augusta protectora, cuando poco á poco se restableció la calma en su corazón. Algunas terceras que se encontraban presentes, habiendo echado de ver su turbación la observaron con una atención sostenida y notaron lo siguiente: su semblante estaba muy pálido al principio de su oración, luego se tiñó de hermosos colores, en seguida se puso luminoso y centellante como una estrella; y finalmente, habiendo recobrado su color natural, pareció triunfante y les dijo con un aire alegre: "Valor, mis amadas hermanas, alabemos á Dios cuya bondad nos tiene todas juntas y unidas con su Magestad por un lazo de

indestructible caridad., Allí terminó la tentación que la agitaba y no volvió á reproducirse en lo sucesivo.

CAPÍTULO IV.

Sincera humildad de la sierva de Dios.

No es raro encontrar algunas personas que se humillan sin saber muy bien por qué. Oyen decir muchas veces que la humildad es una virtud preciosa, necesaria é indispensable, y esto las hace ejercitarse de vez en cuando en algunos actos de ella; pero estos actos, poco frecuentes y producidos por la persuasión más bien que por la convicción, no podrían hacerlas humildes por virtud: pues para poseer la verdadera humildad es preciso haber aprendido á conocerse á sí mismo por una consideración profunda de sus miserias y de su nada. Esto es lo que había hecho nuestra santa, y así su humildad era admirable como podrá juzgar el lector por algunos rasgos á los cuales estoy obligado á limitarme.

Era demasiado poco para Rosa el ocuparse de los trabajos más viles de la casa de sus padres, y quería descender hasta ser inferior á la criada, no sólo por los bajos sentimientos que tenía de sí misma, sino tam-